
EL ALQUIMISTA,



OPERACIONES POLITICO-JOCO-SERIAS!

ECONOMICO-MORALES Y CONTUNDENTES.

EL PRISIONERO DANDO ESPATULAZOS.

Está visto, Garabito, eres prisionero encantado el amo no miente ni aun en chanzas. «Un mes dijo estarás en el laboratorio encerradito por haber cometido el sacrilegio de manipulear un lente reservado.» Si se hiciera otro tanto con los que en la bendita patria de los santones manipulean hasta en lo mas reservado, que es la honra, no habria tanto bribonazo. Ahora bien, Garabito, ¿qué vida va á ser la tuya en este mes de encierro? Lo primero que se me ocurre debes hacer, es preparar las operaciones tremendas que dijo el señor marqués, mi amo, que en este tiempo de encantamien-

to deben de ejecutarse: lo *segundo* tener paciencia, por que es el mejor modo de hacer llevaderos los trabajos y de reconciliarse con el que manda: con eso cuando baje mi amo al laboratorio, al ver mi docilidad, tal vez interceda con el *protomago* del infierno, y como lobos de una camada no se muerden, consiga el que su humildísimo Garabito no vaya á correr un bromazo á la tierra caliente, al pais donde cuando no hay que hacer, con el rabo matan moscas. Mas dejemos chanzonetas no sea que la echemos á perder: suframos con resignacion la penitencia: que algo ha de penar el hombre por los trapejos reservados. Un consuelo es el que me acompaña en medio de mi *lóbrego encierro*; y es, el poder vivir sin comer ni beber, lo que no es una bicoca. Pues no es nada lo del ojo: si el amo supiera las aplicaciones que pueden hacerse de mi encierro de esta nigromántica cueva, ya le habia caído la lotería; pero algo le he de ocultar: y este hallazgo me le reservo para cuando Dios sea servido. Garabito! Garabito! ponte fachendoso: para ti son una liga los ministros habidos y por haber (porque esta semilla no se liela) con todas sus infulas de rentísticos, políticos y exorbitantes. ¿Qué nose dirá de tí, pizarrero renegado, cuando te atrevas á presentar al secretario de hacienda y con petulante desparpajo « señor, le digas: tengo un medio de aliviar al Gobierno del peso que le hace la manutencion de las monjas? » Que dice V., me responderá abrazándome, porque en tocando á descargarse de obligaciones, cualquier ministro se presta. ¿Cuál es el medio? proponga, que yo acepto con placer las iluminaciones de los buenos patricios. Entonces, Garabito, te lincharás y reventando de prosopopeya, « se extiende á mas mi proyecto, dirás; caben tambien en él las viudas y los cesantes. » ¿Y eso es verdad, es factible? me responderá brillando el contento en su rostro; diga V., buen

español, no retarde el bien á los pobres que tanto nos moscardean: pida V. lo que quiera por el proyecto: distinciones, honores, cruces.... — La de puerta cerrada me encajaré al hombro, le diré yo, y pasearé por todo Madrid con ella como un *ecce-homo*, si el remedio que yo le propongo no es el único salvador de los ministros y de esos satélites moscas declarados en peticionarias momias. — Acabe V. de esplanar su idea: no sabe el peso horrendo que me quitaría de encima: vamos que estoy ansioso de leer el proyecto, pida V. en premio un condado, un ducado. — Un ducado es poco, le diré yo, y con esto le haré penar y desear el remedio, hasta que proponiéndome un principado, abriré mis labios con mucha seriedad y diré al fin: « Yo soy, señor ministro, Garabito el pizarrero, criado ambiguo del Marqués de la Redoma, ese periodista que en otro siglo fue brujo y hoy día es aplicador de operaciones políticas. » — Concluya V., buen hombre, me responderá el ministro, no me tenga V. mas tiempo inquieto. — Voy á eso, contestaré yo; y ya se ve, señor ministro, como los brujos son así... un día que hice una fechoría, según dijo el amo, quedé condenado á vivir algunos días dentro del laboratorio de mi principal; y sepa V. (aquí está el misterio) que me paso sin comer ni beber... (en tanto se queda estupefacto el señor, yo continuo) expida V. E. un decreto mandando: « que todas las monjas bajen á vivir honradamente á la cueva de Garabito. » No se lo que dirá el ministro; pero yo añadiré: por ahora, y mientras doy elasticidad al laboratorio para disponer vivienda á los cesantes y viudas (1), con el fin de que no haya sacrile-

(1) También se podría disponer de algunas celdas para los exclaustrados; pero como estos cesantes se han ido empleando ya en curatos, ya en colegios, aquí de maestros y

gios (aunque de gentes que no comen, pocos extravíos hay que temer), puede el gobierno decretar: «Vista la penuria de las clases pasivas (las activas están lo mismo), y deseando el gobierno proveer á la sustentación de tantos beneméritos recuerdos que á dichas clases honran (pero no alimentan), ha decretado lo siguiente: Las viudas y cesantes que perciban sueldo del gobierno, pasarán á recoger al río Manzanares un cantarillo de agua haciendo de él las siguientes aplicaciones.

1.^a Se tomará cada cofrade un vaso de medio cuartillo á las ocho de la mañana tumbándose boca abajo hasta las doce: á esta hora se repetirá la toma y el sueño: igualmente que á las cinco de la tarde y á las diez de la noche.

2.^a Por la mañana se bajará al río de nuevo á llenar el cantarillo; y si algún partícipe careciere de él, ó de vaso, beberá en el río y dormirá á la orilla por no gastar zapatos en subir y bajar á la población.

El gobierno concluye diciendo, que ha tomado estas económicas medidas en beneficio de las clases pasivas por hallarse adoptadas en otros países amigos como el único específico para remediar todas las interpelaciones de dientes y de barriga. En Inglaterra está surtiendo los más saludables efectos.... *Señores doctores en medicina de muelas cesantes.* «*El ministro de la hacienda futura.*»

Si el señor ministro aprobará ó no aprobará este plan, que la propia experiencia ha sugerido á Garabito, no lo sé: pero no dudaré que se ha tomado en consi-

allá de capellanes, y acullá de mozos de café, se suprime el darles entrada en la cueva de Garabito, porque sabido es, que en cualquiera de las dichas profesiones *no han de rabiar de hambre como coman.*

deracion, si empiezan á llover sobre mi cuerpo monjitas por ahora, viudas luego, y cesantes cuando yo lo juzgue oportuno: porque, *yo entre ellas y ellos* á un rincon: esta es la ley del embudo, primero yo y siempre yo ¡Oh! y qué finchado me presentaré ante toda la caterva de suprimidas notabilidades que vendrán á parar al laboratorio: con qué orgullo diré á mi amo: «señor, en premio de un descubrimiento, me ha dado el gobierno el título de *príncipe de...* aquí está el busilis, Garabito:» ¿cómo será el título?—¡Feliz idea! te llamarás «**EL PRÍNCIPE DE LAS ESPÁTULAS.**» ¡Bravo! ¡victor! Que me tosan ahora: y cuidado que curistre mi arma, porque doy un espatulazo al mismo *laus tibi, Christe...* ¡Alza y ola, Garabito! ¿Quién como tú?..... *Los cajistas que tambien descansan.*

Pero ¡oh miseria humana! la cabeza tras de sueños, el vientre clareándose, y las cositas de casa por hacer: ¿y si viniera tu amo qué dirías, Garabito?.. No, pues para que no me coja desprevenido voy á templar los chismes del laboratorio: preparo el crisol, meneo los fuelles, arrimo el alambique, destapo los botes y ya está armado el tinglado: ahora dirijo el telescopio, observo y veo... cuatro necios... Pues que vengan al crisol... ahora las novias... uf! qué feas algunas!.. arriba pichonas de la tela... á estas cristianas las pondremos en conserva... volvamos al telescopio... calla, pues se divisa un convento... pues al bombro; con bodegas y jardín al crisol.....; bien va la pesca!... ¿qué cuentecilla será la que he atrapado? No, pues ellos deben ser algo, porque tienen traza de patriotas: y por lo canosos que estan deben ser por lo menos santones con conchas... ¡Lo que sudo, virgen de Vallecas! es una barbaridad... descansemos pues: mientras se va calentando el crisol... pero oigo ruido: se abte la

compuerta del laboratorio: ¡ah! es mi querido é idolatrado amo.

EXAMEN.

Qué te haces, Garabito? — Esperar su advenimiento como un santo del limbo. — Buena santidad es la tuya. — Al menos, señor, bago lo que los santos, ni comer ni beber; y el que no come, ni bebe, ni pena, ni gloria: y así dicen que son los santos del limbo. — Siempre has de valerte de sutilezas para salir bien de tus dichos. — Eso cae por de fuera mi amo. — Y di Garabito, ¿qué te has hecho durante el encierro? — Nada en dos platos, ni aun siquiera murmurar, que bastante lo siento. — Y no has preparado alguna operación? — En cuanto á eso hay mucho que hacer: lleno está el laboratorio de gentecillas no santas, que por no conocerlas se han escapado de unos cuantos espatulazos que les hubiera arrimado con mucha sandunga. — En resumidas cuentas has encerrado algunos pajarracos. — Ocho por lo menos; casi la mitad con espolones y la otra parte son pajarracas: además un convento, y un cocinero, y una estatua, bodegas y jardines. — Echa, echa por esa boca, Garabito: siempre habrás hecho algunas de las tuyas. — No por cierto, ni siquiera les he dicho buenos ojos teneis: es verdad que son muy feos ellos, y ellas rayan en ferósticas, y el convento y los cocineros... — Vaya, Garabito, dejate de ambigüedades; ¿no has hecho mas? — ¿Y no es bastante haber cargado la escopeta para que V. dispare luego? — Algo mas podias haber hecho. — Es verdad, pero ya pasó. — No obstante, el principito de Luca estaba aguardando que le hubieras hecho algunas preguntillas. — Como hay tantas leguas de aquí á Luca, no me ha parecido conveniente gritar: además yo no quiero

nada con absolutistas extranjeros: gracias que transija con los de acá siendo hombres de bien. — Me agradan tus sentimientos; pero esto no te exime de la obligacion de hacer algunas preguntas al citado principito. — Pues bien, señor, lo haré otro dia: por hoy que perdone S. A., pues he sudado bastante por andar á caza de moscardones. — Acepto tu palabra y espero que me darás cuenta de los jesuitas en la primera ocasion. — Bien, señor, haré por salir bien del empeño: mas dígame V., yo ¿no sirvo ya para hacer operaciones? — ¿Por qué es tu pregunta? — Porque en el tiempo que llevo de encierro, no se ha acordado V. para nada de mí. — Pues en desquite, hoy has de hacer tú el primer papel. — ¿De qué manara, señor, cuando en esta obscura cueva ni veo, ni oigo, ni entiendo? — Pero tienes espedita la lengua y algo mordente: en prueba ya está impreso lo que á tus solas has estado confeccionando sobre monjas, viudas y cesantes. — ¿Cómo es eso, mi amo? ¿Hay brujos con nosotros? — ¿Hay taquígrafos invisibles que leen hasta los pensamientos. — ¿Pues á qué no leen lo que yo pienso ahora? — Cabalmente estás pensando en si llegará á manos del ministro el proyecto que ha creado tu profunda imaginacion(1). Es verdad, mi amo. — Y piensas tambien, en si lo que te has figurado, medio en sueños, podrá realizarse. — Tambien es verdad. — ¡Y qué orgulloso estarías viéndote jefe de tantas familias supernumera-

(1) Cabalmente le han llevado las viudas que hace tres dias fueron á pronunciarse: el bueno de D. Ramon las contestó á lo que puede un ministro, á saber: con buena cara mejores palabras: dícese que le han aplazado, y como para entonces ya habrá llegado el proyecto de Garabito al ministerio, tendremos el gusto de acabar con la miseria de las viudas y cesantes..... en el dia del juicio final.

rias! — ¿Sabê V. señor, lo que he pensado ahora mismo? — Piensas en hacer un pronunciamiento como el de los cajistas, poniendo en movimiento á las supradichas clases. — Pues si V. adivina mis pensamientos bueno estoy para intentar alguna pilladita. — No la harás sin mi permiso mientras estés en el laboratorio: y sabete que por no haberte desbocado, te perdono el haberme llamado cara de facistol. — ¡ Señor! es cierto, se me fue sin querer la lengua: pero ya me la ataré con seis cabos. — Así debe ser, y hablar cuando convenga. — Pero dígame V., señor, ¿ hay novedades por ahí afuera? — No, en verdad: con el excesivo calor si derriten los órganos del patriotismo y nadie piensa se no en bañarse. — ¿ Y se han acabado los facciosos? — Todavía hay unos pocos mas encarnizados desde la muerte de Felip; pero tambien duermen la siesta con estos calores. — ¿ Y las córtes, cómo estan? — Descansan en paz los bancos del congreso. — ¿ Es decir que se cerraron las sesiones? — Si hombre, hace dias. — Como uno está retirado del mundo todo lo ignora: ¿ y el regente, señor, cómo se halla? — Sin novedad. — ¿ Y los ministros? — Como unos patriarcas: sin córtes y sin periódicos. — ¡ Qué! no hay periódicos, señor. — Todos salen á medias, porque los señores cajistas en uso del derecho de peticion, están en sus trece. — ¿ Y nuestro periódico cómo se ha libertado de la catástrofe? — Gracias á que somos poco conocidos, como principiantes. Sin embargo tambien nos ha cogido un pedacito la coalicion. — ¿ Y V., señor, cómo se halla? — Mal Garabito, en estos mismos momentos me hallo con calentura y bien fuerte. — ¿ Y por qué no se acuesta, mi amo? mire V. que tiene mala cara. — Hay que cumplir con los suscritores. — Metase V. en la cama, señor: y deme licencia para salir de mi encantamiento, que yo iré á buscar materiales para llenar el número. — Mejor será.

porque la cabeza se me arde y no estoy para nada.— Pues bien, quédese en casita, y yo voy a ver lo que corre por esos mundos.— Ven prontito, Garabito.— A Dios, mi amor: que V. descanse... — Anda, fiel criado, y si sales bien con la empresa, te prometo levantarte el auto de prision.— ¿Y el ir al infierno? — Eso consistirá en los méritos que hagas trayédome noticias fosfóricas y punzantes.— Bien está, mi Señor.

NOTICIAS ALAMBICADAS.

FRANCIA.

Han empezado con el mayor calor las elecciones de diputados: nosotros estamos mas frios que en enero: los ciudadanos franceses oyen con entusiasmo las peroratas de los candidatos... y los españoles se han plantado, oyendo como quien oye llover, las farsas electorales, y han dicho: si los diputados duermen despues que los hemos nombrado, durmamos nosotros antes y les habremos ganado por la mano. *Contemplad vuestra obra, obreros constitucionales.*

— El *duque de Orleans, heredero de la corona, ha muerto* de una violenta caída del coche. Hay quienes atribuyen este grave suceso á otras causas bien distintas: lo cierto es que un acontecimiento tal pone á los franceses en el grave conflicto de pensar en una menoría de bastante tiempo. El príncipe heredero inmediato, hijo del desgraciado príncipe, apenas tiene cuatro años, y Luis Felipe ya raya en una edad avanzada. La falta de este Rey sumirá á la Francia en todos los conflictos, que lleva consigo una menoría en medio de efervescencias y partidos. Ahora verán los franceses si nosotros eramos dignos de ser tratados con mas interés por las potencias aliadas. Los comentarios que sobre esta catástrofe hacen los periódicos se estienden á considerarla como la primera chispa de una conflagracion europea. El rey ha llevado con una resignacion magnánima y una entereza régia este

suceso de tan fatales consecuencias para la Francia. Se han mandado reunir las cámaras para tratar de la sucesión al trono.

PORTUGAL.

Estan concluidas las elecciones; pero segun algunos periódicos, la lista de los diputados de la facción es la historia de las violencias, es una asociación de absolutistas y de gentes sin reputacion. ¿Qué tal? ¿Los portugueses son hombres que nos dan ejemplos, ó que imitan nuestras farsas? Son unos retoños de nuestros santones: paucismo y empleo, y viva la Constitución.

— Las tropas nuestras, que se acercan al Portugal, no tienen otro objeto que el impedir el escandaloso contrabando, que por este padrastró nos estan introduciendo los amigos del señor Argüelles, y el cumplimiento de una oferta, que dicen ha hecho nuestro gobierno al de Portugal, si continúan abrigándose en su país los malhechores que infectan nuestras fronteras. Parece que nuestros viejos ministros han mandado un recadito á los señores *finchaos* diciendo que: «*si vuelve algun faccioso á incomodar á un español, hasta el mismo Londres entrarán nuestras tropas en su persecucion.*» *Allá lo veremos.*

— Entretanto los facciosos que se llevaron al senador Ssenz, han dado suelta á este señor, á beneficio de algunos miles de duros á buena cuenta de los 32,000 que pedían por su rescate. Vergüenza, sino oprobio, es consentir que un rincón de la Península sea un asilo de los malhechores y contrabandistas que tanto molestan y perjudican á la España, cuando de un soplo debiera desaparecer ese hijastro, que la misma naturaleza indica su destino.

INGLATERRA.

Sir R. Peel ha anunciado en el parlamento una nueva ley protectora de la vida de la Reina de Inglaterra. ¿No se-

ria también oportuna para proteger la saya que se halla tan en peligro como la de S. M? Otra debería acompañarla: la de protección de la vida de tantos miserables como mueren de hambre en todo el reino... Pero sin duda ha dicho Sir R. Peel: guardemos la cabeza que lo demas aunque el demu se lo lleve como dijo el gallego.

VUELTA DE GARABITO.

Señor, ya tiene V. aquí á su Inclito ayudante. — Bastante has tardado, Garabito. — Para eso traigo muchos embuchados. — Cabalmente me hallo con hambre de novedades, con que puedes desembuchar. — Pues allá va: lo primero que desembucho es una barcelonada de asesinios con faldas. — ¡Qué dices! — Asesinios hembras, que públicamente estan conspirando. — Es decir que has descubierto los conspiradores embozados, que se dice transcurren misteriosamente por los alrededores... — ¿De dónde, señor? — No seas tan precipitado: habrás visto ciertos bultos embozados que rodean ciertas calles y casas... — Eso ya lo sabe todo el mundo, ¿cuándo no es pascua en punto á embozados? Lo que seria novedad es que la gente de Madrid anduviera desembosada: no hay uno que no tenga cuarenta caretas para cubrirse á tiempo, segun la pinta del parroquiano. — Dejemos de rodeos, Garabito, vamos á las conspiradoras. — ¿Sí? pues arrimese V. á las orchateras y verá V. como asesinan y como conspiran. — ¿Estás hevido? — ¡Las orchateras asesinando y conspirando! — Y con el mayor mimo: y haciendo tal destrozo, que no puede V. figurarse el botin que recogen. — Eso no puede ser, Garabito. — ¿Nó? pues dígame ¿los que matan no son asesinios? — Sí, por cierto. — ¿Y los que trastornan las reglas establecidas á fuerza de explorar ciertos principios no son conspiradores? — También es una verdad. — Entonces cogile á V. por el pico: las orchateras matan la sed: y por principios económicos han trastornado el plan de refrescos... ahora bien, ¿asesinan y conspiran mi amo? — La salida es original como tuya... — Ota, señor, se rie V. — ¿Quién no se ha de reir

con tus ocurrencias? — Pues mas se le habia de menear el ombligo si los viera conspirar. . . ; que garridas las hay! tan frescotas, tan servicialas. ; Oh! es un furor como se pronuncia la gente por ellas. — Y dí, Garabito, con tales compañecas ya te atreverias á ser conspirador. — No señor: al primer toque de *generala* me daba por muerto. — Qué lagartito eres. — ; Quia! señor, eso cae por de fuera. — Mas vale así; pero vamos á otras novedades, que esa nada tiene de particular: y sino has pescado otras, mal has cumplido tu palabra. — El caso es, señors que ni á las orchateras he pescado; y eso que buenas gana, se me han pasado de formar una compañía. — ¿Para qué fin, Garabito? — Para haberselas traído á V. — ; Y para qué las quiero yo? — Para acometer en guerrilla á esos nocturnos conspiradores, que segun cuentan á V., rodean ciertas calles. . . — Adelantarias bastante con faldas. — ¿Qué no? ; Ah señor! que poco sabe V. lo que vale la artilleria oculta de una orchatera con un vasito de chufas en la mano, con una risita en los labios y unos ojos que dicen: «*pida V. orchata caballero*. . . — Bien, bien, camastron: Dios aumente el género y vamos á otras noticias: esta nada vale para salir de tu empeño. — ; Y si con un vaso de chufas mato á los conspiradores? — Tú lo que matas siempre es el tiempo con tus machaquerias: á otra cosa, pronto. — Bien, pasen las orchateras por la entradilla, que ahora va lo serio y lo gordo. . . Sepa V., y se lo juro por mis pecados, y creame como hay Dios: y así me vea yo en el cielo como es verdad lo que voy á decir. . . — Fuera de circunloquios, Garabito. — Pues sepa V. que he visto juntitos AL REGENTE DEL REINO Y AL GENERAL LEON. . . — Silencio, Garabito. . . pocas chanzas como esas: porque no puedo consentirte. . . eres un embustero, un truan que intentas comprometerme. — Señor amo, si yo miento que me lleven los diablos vestido como estoy, y así me emplutmen como yo pienso en comprometerle. — Entonces ¿cómo es posible lo que has dicho? — Vaya V. señor, á la carrera de S. Gerónimo: y en la puerta de la libreria de Monier, verá juntos los retratos de estos ilustres

personajes: y si V. oyera las cosas que se ocurren á las jentes.... (1) si yo me desbocara.... Haces bien en callar, y te lo mando. — Pues entonces ya he cumplido mi palabra de traer novedades. . . — Habla de otras materias menos serias ó mas divertidas. — Hablaremos de bodas, mi amo, que es comidilla que distrae; pero antes me explicaria V. la causa por qué S. M. hace días que va tan triste cuando pasa por la puerta del Sol. — «Creo que hay novedades en palacio,» ha salido su maestro, sugeto instruido y liberal á todas pruebas, al que la reinocita apreciaba mucho; y quedan dentro todavía los que se dice patrocinaron á los conspiradores de octubre. — ¿Y como es eso, señor? — Atiende «*nadie está libre de una calumnia*;» dicen, que dice el Sr. liberal Argüelles, cuando le hablan de los complicados en aquellas terribles ocurrencias, y cuando se habla de hombres que han prestado eminentes servicios y son liberales, sin oírles siquiera, los arroja sin ninguna consideracion; pero creo que este suceso ha de hacer algo de ruido. . . — No entiendo nada de eso, señor: tan solo tengo entendido que hay unas camaristas encausadas, y algunos realistas en palacio, y sin duda el señor pastelero del siete de julio de antaño está por las faldas.... por eso dice el vulgo, que está de bodas y le harán mal tercio los liberales para sus fines; quién lo dijera del hombre íntegro! «Sin oír no se condena, ciudadano tutor.» — Dices bien, Garabito, pero sucede lo contrario. — ¿Qué extraño es eso, señor? Cuando las gentes estan de boda, se olvidan los memoriales; y en diciendo que se anda tras de la pichona, todo hijo de vecino siente el calorcillo en el cuerpo. — Pero hombre, una momia andarse en bodas no parece regular. — Dios le libre, señor, de que te bulla la sangre. ¿Y quién diablos ha de querer al señor Argüelles por marido? — Es cierto, señor, bastante subida es su caricatura; pero las tutorías reales transforman las aves mansas y carcañales en almiravados pichones que se mueren por pichonadas. . . Dejemos

(1) Sin duda han llegado á oidas del dueño de la librería, pues ha desaparecido el retrato del malogrado general Leon.

al señor abuelo y pasemos á otro asunto: ¿qué te parece, Garabito, del calor que hace? — Eso á las casas de baños puede V. interrogarlo; lo que es á mi poco me tuesta, y como no se me levante el encarcelamiento, creo que estaré sin novedad, así como lo estan los que reinan en palacios, ministerios y oficinas: el calor solo hace mella en los pobres: á los ricos, señor, no hay que tenerlos duelo.

ENTRAN Ó SALEN.

¿Señor amo, puede V. oír dos palabras? — Si. — Pues señor: he visto al hijo del serenísimo señor infante D. Francisco, que es un muchacho muy guapeton. — Ola! has visto al infante D. Francisco de Asis María. — No sé si ese es su nombre; porque todos los príncipes tienen tantos..... pero lo que si es cierto, que me gusta: es una figura regular, y dicen que es muy amable, muy fino y que ha recibido una educacion nada comun. — Eso es muy bueno, Garabito: que los príncipes vayan los primeros en la carrera de las ciencias y de las reformas, y cesará desde luego esa enemistad sañuda que los aleja del amor de los pueblos. — Pues al infante, es decir, al infantito, dicen que le han recibido con entusiasmo en todas partes: en Valladolid verificó su entrada entre el regocijo general de los habitantes y el repique de campanas; se alojó en una casa que se le tenía destinada, y presenció el desfile de tropas y milicia, teniendo á su lado al general Aleson, dipu-

tación provincial y ayuntamiento que habían salido á recibirle. Se le dió un espléndido almuerzo, durante el cual tocaban las bandas de música: despues le felicitaron las autoridades y corporaciones: salió S. A. á visitar el canal y los establecimientos mas notables, acompañado del señor Onís. Por la noche hubo serenata é iluminacion, y al dia siguiente se lidiaron cuatro toros, esmerándose todas las corporaciones en festejar al jóven príncipe. — Y dime, Garabito, ¿cómo has aprendido esa relacion tan minuciosa? — Todo el mundo lo cuenta y extrañándose de que en Madrid casi nadie haya notado su llegada. — Ya ves en este Babel nada choca. — ¡Y si supiera V. lo que dicen las gentes! — ¿Qué dicen? — Que echan á los infantes de Madrid. — No hombre, será que salgan á los baños como hace tiempo se dijo. — Quiá, no señor: es segun dicen que hay celillos. — ¿Quién puede tener celos? — Yo me entiendo, V. me entiende, ellos se entienden y nosotros nos entendemos. — Habla mas claro.... — Señor, es que no hacen falta por ahora. — Maldito si comprendo lo que quieres decir. — Todo el busilis está en las R. R. — Echa, echa, Garabito: lo explicas como un bucéfalo, ¿qué significan esas RR? — Me explicaré, señor. Una A con R es mas que una A con S. — Y bien? — Por eso la A con S tiene su envidieja de las AA con R, y como la primera está mas arriba de las segundas, dice: «*Vayan fuera las AA con R y quedará brillante la A con S.* — Me parece que

vislumbro lo que quieres expresar aun cuando estan oscuras tus explicaderas: pero yo añado que cuando las AA con R son nada sospechosos é identificados con la A con S, ó esta no conoce sus intereses ó la intriga se apodera de los buenos sentimientos.... y en fin, quien manda, manda, y mochila en el cañon. — Ahí está el cuento, mi amo.... y hemos hablado como unos Sénecas.



Se suscribe á CUATRO reales mensuales para Madrid en las librerías, *Viuda de Paz*, calle Mayor, *Castan*, calle del Principe, y *Villa*, Plazuela de Santo Domingo.

En las provincias es QUINCE reales por trimestre, franco de porte, admitiéndose suscripciones en todas las *Administraciones de Correos*, y principales librerías.

Editor responsable *M. Charni*.

MADRID, 1842: IMPRENTA DEL ALQUIMISTA.